

Claveles Rotos

ANTONIO MATA HUETE

Prólogo de Jesús Romero

editorial



cuarto
centenario

1ª edición marzo 2022

De la edición © Editorial Cuarto Centenario
En colaboración con Arrebol S.L
www.arrebolagencialiteraria.es

Del libro © Antonio Mata Huete
amatah57@gmail.com

Edición © Editorial Cuarto Centenario
Ilustración de portada © Paqui Molina
Diseño © A. Mata
Maquetación © Arrebol SL
Traducción de textos Translatium
www.translatium.com
Impresión: Cimapress
www.cimapress.com

ISBN: 978-84-126046-2-7

Depósito legal: TO 64-2021

Editorial Cuarto Centenario: C/ Laurel Real, 6 (Valparaíso) 45080 - Toledo
www.cuartocentenario.es

Impreso en España - Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.



*«Hay días tricolores
como arco iris de sueños incumplidos. Abril»
Breverías, PATXI ANDIÓN*

*«...Llevas, aferrada a tu vientre,
La estirpe que el silencio desterró de la vida,
El estigma de aquellos que marcaron con sangre
Las orillas del tiempo
Humillando en el polvo los rostros de tus hijos.
Llevas tanto tiempo
Con el mundo acostado en tu dulce regazo
Que tus ojos derraman cristales como clavos...»
A. MATA*

*A vosotros, a todos y todas, por compartir,
a vosotras, por sobrevivirme el día a día,
a ellos y ellas y aquellos y aquellas
que nos gritan sin voz y necesitan palabra,
a ti, por pintar el mundo de colores,
a Jesús Cogolludo y Jesús Romero...
y a Francisco Andión González
que tanto amó a su Lisboa.*

SOMOS LO QUE FUIMOS

Hace pocas semanas comunicaba a nuestro escritor, el autor de estos *Claves rotos*, que una de las mejores cosas que me había sucedido en el 2022, era haber consolidado una bonita AMISTAD. Mi amistad y afecto por Antonio Mata. El año 2022, fue, entre otras cosas, el año de la guerra de Ucrania, la fuerte crisis energética y el encarecimiento desmesurado de los precios de los productos esenciales o la puesta de largo del telescopio espacial James Webb, pero también el año en el que nos vamos haciendo con el control de esta pandemia, la última gran pandemia desde la mal llamada 'gripe española' de hace más de un siglo. Y el centenario del nacimiento del autor portugués José de Sousa Saramago.

Antonio Mata es heredero de la pluma de grandes autores como Celaya, Félix Marañón, Kafka, Pessoa, Saramago y otros... En este trabajo, como el último Nobel portugués, Mata desenmascara una sociedad, su sociedad, podrida y desencajada. Una sociedad que «no usa la razón para defender la vida, casi siempre la usamos para destruirla». Y lo mismo que el maestro Saramago en su *Ensayo*

sobre la ceguera, el reino de la desesperación y la ley del más fuerte; la COVID-19 nos ha zarandeado fuertemente y del *Homo Deus*, de Yuval Noah Harari, no ha quedado casi nada. Pero de lo que se trata, o al menos a mí me interesa, es de saber si hemos aprendido algo con lo que hemos vivido. Lo dudo. «*Creo que no nos quedamos ciegos, creo que estamos ciegos. Ciegos que ven, ciegos que, viendo, no ven...*», (Saramago). No puede ser más triste.

Tuve el honor de haber sido invitado por el autor de la esta novela a colaborar con el prólogo y, para ello, elegimos un espacio repleto de historia, fotos y palabras, la Taberna del Café Gijón, a la espalda del emblemático Café de Madrid. Al final del enriquecedor almuerzo, tan solo un fallo, olvidé que Antonio me dedicara el texto recién fotocopiado para su disfrute y estudio.

Desconozco si a Mata le gustan los prólogos, pero tras iniciar su lectura descubrí que en este caso era inútil por no necesario, mientras que en algunos otros trabajos puede sugerir su franca debilidad, cuando son necesitados. La obra se percibe como una 'guía poética de Lisboa' que gira entorno a un ser humano, en todas sus connotaciones, sufrido, sufridor, pero muy valiente, y a la vez como un continuo prólogo de hechos y circunstancias que están por llegar plasmado como una secuencia cinematográfica donde el autor cuida al máximo cualquier detalle menor. Un continuo via-

je de cómo el cerebro del autor percibe su realidad y la transcribe al papel, ¿qué es si no la escritura, la música o cualquier manifestación artística?

Una prueba de la grandeza de cualquier texto auténticamente poético es que va más allá de quien lo escribe: *«La primavera en Lisboa es un constante resguardarse de la lluvia en los portales / Lisboa, en primavera, también es el lugar más hermoso para llorar / No hay lluvia más dulce que la de la primavera en Lisboa... ni locura comparable / todos los corazones rotos por la vida caben en un fado y te contagian saudade con solo escuchar el trémolo de las doce cuerdas de la guitarra portuguesa»*, y vuela bien lejos como el que tenemos entre nuestras manos.

Antonio es un gran conocedor, primero, y amante, después, de Lisboa, lo lisboeta, y lo íbero, como lo ha demostrado desde siempre. Se refiere a esa Lisboa lluviosa que en primavera convoca al aquelarre, esas reuniones nocturnas de brujas y brujos tan hispanas, con la supuesta intervención del demonio frecuentemente en la figura de macho cabrío, tan magistralmente representadas por la paleta de Gutiérrez Solana y algunos de sus seguidores, como mi paisano, el toledano de Urda, Guerrero Malagón. Conocedor de su cultura, historia, de sus gentes y emociones, y especialmente de la emoción en grado superlativo, la saudade que invade el alma de esta inmortal ciu-

dad y que es algo inexplicable porque te derrota el alma aún estando donde quieres estar... o el estremecimiento que ya te había sucedido antes, en otro tiempo en el que las cosas eran distintas... Una especie de *dèjà vu*.

Este libro destila todo ello, Antonio pisa sobre tierra firme. Siempre trabaja así, es una de las características que mejor lo define. Por eso ama la buena poesía y nos avisa de que aunque algunos se empeñen, no todo es poesía, ni cultura. Otra característica que comparto con nuestro autor es el ideal de libertad que ambos perseguimos y... «*que llegó con la lluvia de un mes de abril*».

En el reconocimiento de su novelada realidad, que en su fidelidad se torna invención, inventa, incluso, un personaje, narrador, literario con el que Lisboa comparte el protagonismo de nuestra obra. Antonio sabe que escribir, como vivir, es ante todo dejar cosas sin hacer, elegir. Igual dibuja con su escritura monumentos gloriosos, «*Podré recluirme horas enteras en la Basílica da Estrela a observar el paso de la luz por sus vidrieras irisando la nave central y cambiando el color de sus mármoles en cada momento en los que el sol deambula por sus capillas, medir el lento deambular del tiempo...*», con todo lujo de detalles técnicos e históricos, como es admirable la descripción del aspecto de sus personajes. Presta suma atención a las estaciones, colores, olores desprendidos o magnificados tras las

primeras gotas de lluvia o bruma, o como cuando se refiere al amanecer, «*Ahí empieza el día, en el momento en el que cada uno de los elementos que lo conforman adquiere totalmente su color, el suyo, el que le corresponde...*», esas primeras luces que dan paso al día, a menudo superando el umbral entre naturaleza e historia y entremezclando ambas.

Como opina Saramago también, para comprender de veras el mundo, hay que detenerse y participar a fondo de la vida que vivimos, y que vamos dejando atrás. Aunque todos, a veces, estamos en la vida, sin saber qué es la vida.

Antonio Mata pide prestada la palabra, y el cuerpo, a un personaje que, desde el fondo más infame de la vida, busca la superación... y la consigue. Aprovecho este hecho, que no es baladí, como se descubrirá en estas páginas, para poner en valor el profundo respeto y admiración que nuestro querido escritor profesa por nuestras almas gemelas y compañeras de viaje. El autor, para ir finalizando, tiene bien claro que es necesaria la participación de la mujer en todos los ámbitos, una mayor feminización de la vida en todos sus aspectos. La mano femenina debe estar presente en la elaboración de los actuales y futuros protocolos y algoritmos de la inteligencia artificial. Y si nos referimos a la Literatura, dado que la mujer supone la mitad de la ciudadanía, entonces deberían contar la mitad de las histo-

rias. ¿No...? No me parece serio ni justo continuar desaprovechando tanto talento.

14

Debemos saber honrar el valor de determinadas mujeres (desde la prehistoria) que defendieron causas nobles, y abrieron o ensancharon nuevos caminos en la sociedad. Recientemente el académico José Manuel Sánchez Ron se ha referido a tres de ellas: Emmeline Pankhurst, la sufragista inglesa fundadora de la Unión Social y Política de la Mujeres (1903); Isabel Zendal Gómez, enfermera coruñesa y madre de la Real Expedición Filantrópica que llevó la vacuna de la viruela a Asia y América, junto al médico Xavier Balmis (1803) y Margaret Sanger, que en 1916 fundó la primera clínica de planificación familiar —luego encarcelada— y finalmente en 1921 creó la Liga Estadounidense para el Control de la Natalidad.

A estas mujeres brillantes se me antoja, por mi formación en biología y ciencias médicas, añadir por ejemplo otras dos, y podrían ser miles más. Me refiero a la enfermera Florence Nightingale, una innovadora de la organización sanitaria que sentó las bases de la enfermería moderna, y conocida como la más famosa enfermera del siglo XIX y seguramente de la historia, y Rachel Carson, escritora y bióloga norteamericana que creía en el poder curativo del tiempo: «*Todo pasa y es cíclico...*». Carson entendía el mundo como un delicado equilibrio entre el ser humano y la naturaleza y

alcanzó fama mundial con su libro *Primavera silenciosa*, que, editado en 1962, supuso un antes y un después en cuestiones de ecologismo. Mujeres con el mismo espíritu luchador de la narradora y protagonista de esta ficción que tanto tiene que ver con la cruda realidad.

Antonio, como amigos que somos, me vas a permitir esta última licencia: Einstein preguntó a Freud en 1932, «¿Existe un medio para liberar a los hombres de la esclavitud y la amenaza de la guerra? ¿De canalizar la agresividad del ser humano? ¿De armarlo mejor psíquicamente contra sus instintos de odio y destrucción?».

Seguimos buscando esas respuestas... aunque, como bien dice Antonio Mata bajo la inspiración del Saramago filósofo, «En el fondo siempre somos lo que fuimos en esos primeros años».

Con toda consideración y cariño.

JESÚS ROMERO

Médico humanista

Toledo, 25 de enero de 2023

LISBOA

La primavera en Lisboa es el sueño de las jacarandas. Su nombre encierra en sí mismo el apelativo fragante, pero si te acercas a olerlas no encuentras su fragancia. No tienen aroma sus flores violáceas que te invaden los ojos y te incitan a acercarte a aspirarlas. No tienen aroma si no llega la lluvia y abril obra el milagro de alterar las percepciones. Cuando el agua que limpia y lustra los adoquines se desliza por sus pétalos surge el prodigio, el aire se impregna de efluvios a húmeda madera dulce que empalaga el sabor y el olfato y penetra en la piel excitando los sentidos, el instinto *animálico* que libera los salvajes instintos. La *yacaranda mimosifolia*, las hojas mimosas, pronunciado con la dulce cadencia de la lengua de los lusos, es el símbolo nada menos que de la resistencia, por eso acude, como agua de abril, a esta mi historia y en ella se queda. Porque resistencia es, y ha sido, mi única opción para llegar al final de este camino que empiezo por el final, como única fue la elección, esa resistencia, que eligió un pueblo como este para superar la época más negra de su pasado y conseguir su ob-

jetivo final, la libertad que llegó con la lluvia de un mes de abril...

18

La primavera en Lisboa es un constante resguardarse de la lluvia en los portales. Es chapotear en los charcos por la Baixa tratando de esquivarlos hasta caer en el embrujo de pisarlos mientras el agua, suave y cristalina, moja tu rostro y te incita a mirar cómo se descuelga desde los tejados irisando el gris transparente de sus gotas mientras descienden hacia ti, sobre ti, que las esperas con los labios abiertos y esa media sonrisa de asombro que deja en tu cara el sentirte observada por los viandantes que te ven como una loca. No hay lluvia más dulce que la de la primavera en Lisboa... ni locura comparable.

Porque Lisboa, en primavera, convoca al aquarelarre. La mezcla de sensaciones y, algunas veces, sentimientos que recorren sus calles, sus plazas, sus barrios, siempre desemboca en la misma y única emoción que solo te puede invadir el alma en esta inmortal ciudad, la saudade. Por todos sus rincones, con solo pararte un segundo a evocar el lugar en el que estás, te invade esa saudade, que no es, como algunos creen, el estar lejos y querer volver, no; la saudade es algo a veces inexplicable porque te derrota el alma aun estando donde quieres estar porque ahí, donde ya estás, un pensamiento, una sensación, una percepción, una pasión, un estremecimiento, una nostalgia... ya te

habían sucedido antes, en otro tiempo en el que, mejor o peor, las cosas eran distintas, tú eras otra, la vida era otra y ya la habías vivido antes. Si sientes que todo esto te invade de los pies a la cabeza... el aquelarre de los sentidos ya está servido. Y Lisboa te lo hace estallar en un segundo en el que todo puede cambiar, para bien o para mal.

Su noche es magia. Un paseo al atardecer entre el bullicio de la Rua Garret. Buscar un libro, o simplemente mirarlos en Livraria Bertrand, la que fundara Pedro Faure ¡en 1732!, y que, tras soportar terremotos y todas las vicisitudes que le sucedieron, es la más antigua del mundo. Tomar una *bica*, con su correspondiente licor Beirão, en la terraza, mejor si llueve, de A Brasileira, junto a Pessoa y charlar un ratito con él bajo la atenta mirada del poeta burlón António Ribeiro Chiado que te indica con su mano derecha que dejes la compañía de Fernandinho y te acerques a escucharlo, a él y los músicos-poetas callejeros que se refugian bajo sus faldas para ofrecer, por un óvolo de misericordia, su música y su arte. Subir la cuesta de Trindade hasta el Largo do Carmo a, si llueve, aspirar y apasionarte con el bálsamo de las jacarandas. Continuar bajo el manto de la noche hacia el Bairro Alto por el Jardim de São Pedro de Alcântara para contemplar la ciudad a tus pies y volar sobre sus tejados. Degustar cualquier combinado de *aguardente* en el Pavilhão Chinês, un auténtico

y maravilloso museo de miniaturas, con miles de soldaditos de plomo, maquetas, vehículos, aviones... un maremágnum indescriptible que embota los sentidos y te transporta a otras épocas. En su salón de esculturas y espejos, con la mesa de billar, el tiempo se detiene, te atrapa y no te deja volver a la realidad de la calle... un lugar con tanta magia que en magia te convierte. Y para finalizar tu eterno navegar por la noche lisboeta, llegar al Jardim do Príncipe Real, también conocido como de los poetas, y, bajo las ramas de su enorme, y también mágico, ciprés, sentir que los versos te recorren los rincones del alma, leerlos, soñarlos, recitarlos para ti en la soledad, de viva voz, y creer que todo es posible si se mira con los ojos del corazón, que dijera, en prosa, otro poeta del alma.

También se puede elegir Alfama para morir de saudade mientras se escuchan los fados por sus esquinas y se llora por sus rincones. Lisboa, en primavera, también es el lugar más hermoso para llorar. Me he preguntado tantas veces qué es un fado cuando se me rasgaban los ojos derramando cristales por las mejillas... y no me lo sé explicar, solo sé que te desgarran en pedazos, te sube un fervor de fiebre o te hace tiritar de frío. La soledad del marino en la barca, mecido por las olas; la angustia del pobre, del obrero, del campesino; las gentes de mal vivir por los muelles del puerto, ganapanes, rufianes, jayanes, chamarileros, quince-

llos, golillas, alcahuetas, chamiceras, celestinas... los poetas, bohemios y enamorados; los amadores y sus picardías, las amantes despechadas, las que amamos apasionadamente... todos los corazones rotos por la vida caben en un fado y te contagian saudade con solo escuchar el trémolo de las doce cuerdas de la guitarra portuguesa, descendiente de la cítola medieval, y los acordes de la viola, que no es otra que la guitarra española. La reina del fado, la gran Amália Rodrigues, dijo que el fado es una cosa misteriosa y angustiosa que hay que sentir muy dentro, y Fernandinho Pessoa escribió que no es ni alegre ni triste, es la fatiga del alma, «...*el mirar de desprecio de Portugal al Dios en que creyó y que también lo abandonó*». Yo soy fado, a mí también me abandonó.

Me surge una duda, ahora que, por fin, voy a concluir esta amalgama de recuerdos con estas últimas líneas que ahora escribo, ¿quién es realmente el personaje principal de todo esto que llevo tanto tiempo guardando, Lisboa o yo? Sí es cierto, como he intentado dejar claro varias veces a lo largo de todo este tiempo, que la intención al escribirlo no ha sido otra que dejar constancia, para mí misma, de todo lo que ha sido mi azarosa vida, para que cuando ya la memoria poco a poco comience a liberarse de mis recuerdos, porque lo hará, estoy segura aunque yo no lo quiera, pueda dejarme de una vez por todas vivir en paz conmigo

misma y no se borre para siempre la evidencia de todo lo vivido, las circunstancias que lo provocaron y, sobre todo, las consecuencias de mis actuaciones. No es una justificación, tal vez todo podría haber sucedido de forma distinta, no creo en la casualidad ni el destino, pero lo cierto es que un cúmulo de situaciones, y sus escenarios, un cúmulo de causalidades en las que nada tuve que ver y que me fueron impuestas, me obligaron a que siempre tuviera que pelear contra corriente para sobrevivir y salir adelante. Me siento muy orgullosa de haberlo hecho y, de una forma u otra, pagué mis culpas, motivadas siempre por la cruda realidad. No me arrepiento de nada.

Pero también es cierto que esta ciudad, a la que tenía que dedicar mis últimas palabras por puro sentimiento, ha sido clave, junto con los acontecimientos históricos vividos en ella, para conseguir resistir y llegar al final de este camino que es la vida. Por eso creo que es tan protagonista de todo esto como yo misma. Las dichosas circunstancias a las que hago referencia me situaron en ella, lejos de mi tierra natal, y en ella he conseguido ser lo que soy, para bien o para mal, y llegar a este punto final en el que, una vez cerrados todos los capítulos, solo queda esperar, todo el tiempo necesario, el otro final, pero con la paz, tan necesaria, que da el haber cerrado una a una todas las puertas del pasado y pensar solo en vivir el día a día. Y disfru-

tar de todo lo que ella me ofrece sin los condicionantes de ese pasado. Lisboa, mi querida ciudad que tantas veces me ha salvado la vida.

Ahora, cuando escriba la última palabra de la última línea y guarde todo esto en el baúl de los recuerdos, y eche la llave para que se queden allí para siempre, podré salir a la calle a respirar el aire húmedo, con sabor a sal, que llega desde el mar y sentirme más viva que nunca. Podré bajar al Largo do Carmo a tomarme mi *vinho verde* de siempre entre las flores moradas de las jacaran-das, oler su aroma si llueve, y disfrutar de las miradas que cada día me observan, los habituales y los nuevos paseantes, e incluso turistas, si contoneo mis caderas o me siento en el velador enseñando mis piernas, y mis bragas si hace falta, para recibir la sonrisa del camarero, y algunos otros, que ya me conocen y me desean. Y podré hacerlo sin el lastre constante del paso, el poso y el peso de las vivencias, las nostalgias, las lágrimas, las ansias y los deseos que tantas veces me martirizaron cuando lo hacía en el pasado, siempre con la angustia sobre qué iba a suceder al momento siguiente.

Ha llegado mi momento y el de mi ciudad, mi forma de rendirle tributo y devolverle todo lo que me ha dado. Ha llegado el momento de volver a subirme al 28, mi tranvía tan querido, y recorrer de arriba abajo todas sus colinas, sus rincones, sus recovecos, disfrutar de su carrusel urbano sin es-